

*Raymundo ha terminado de tomar medidas, se sienta junto a la máquina de coser y anota las medidas en una libretita. Antonia se ha sentado de nuevo y da un trago a su coca-cola.*

ANTONIA.- Discúlpame, Rayo. Bastante tienes con los chismes que te traen a montones las clientas y ahora nomás los míos te faltaban.

RAYMUNDO.- Su vestido se lo tengo listo en cuatro días. ¿Va a confiar en mi gusto, verdad?

ANTONIA.- Hijito, la duda ofende. *(Una pausa incómoda. Antonia da el último trago a su coca-cola.)* Y hablo tanto que se me había olvidado preguntarte por tu mamá, ¿cómo sigue de sus dolencias?

RAYMUNDO.- *(Un tanto más tranquilo.)* Ahí la lleva. Hace rato que se quedó dormida viendo una película de Elsa Aguirre, ¡siempre la ha admirado mucho! De joven, dicen que se parecía a ella.

ANTONIA.- Una por otra. *(Pausa.)* ¡Si tu padre no se hubiera quedado en Detroit! ¡Eso acabó con ella!

*Raymundo baja la vista. Antonia advierte su reacción y va hasta él. Le pone las manos sobre la cabeza.*

ANTONIA.- ¡Ay hijito! Esta lengua mía, ¡me la voy a cortar con tijeras de esquilador!

RAYMUNDO.- *(Se yergue.)* No, Toñita. La verdad se tiene que decir.

ANTONIA.- Pero no así, Rayo.

RAYMUNDO.- Si no fuera por mi mamá, hace mucho que me hubiera largado de este pueblo desgraciado.

ANTONIA.- *(Intenta fingir que no ha dado importancia a la confesión de Raymundo.)* Un buen hijo no haría eso. Lo bueno es que tu mamá te enseñó su oficio y a los dos la vida no les niega lo indispensable.

*Raymundo toma la tela para el vestido de Antonia y palpa la textura.*

RAYMUNDO.- ¡Le voy a hacer el vestido más bonito que en este pueblo hayan visto!

*Tocan a la puerta. Luego de unos instantes entra Clelia, quien se sorprende al advertir a Antonia.*

CLELIA.- ¡Buenas noches! Raymundo, disculpa que pase a esta hora, pero voy a necesitar la blusa para mañana y...

ANTONIA.- *(Volteando a otro sitio para no mirarla.)* Hay malas lluvias que la agarran a una hasta bajo techo.

RAYMUNDO.- *(Fingiendo que no ha oído la indirecta.)* Puedes pasar cuando quieras, no hay problema. Casi siempre me acuesto tarde. Estaba terminando de apuntar las medidas de Toñita...

ANTONIA.- ...Que no son tan exquisitas como las que estoy viendo. Pero ya terminaste, hijito. Este cuerpecito se va a donde no estorbe.

CLELIA.- Usted no estorba nunca, Antonia.

ANTONIA.- Hay de estorbos a estorbos. Con permiso.

*Raymundo no sabe cómo reaccionar, intenta ofrecer asiento a Clelia, quien se ha quedado en el mismo sitio. Antonia se encamina hacia la puerta.*

ANTONIA.- De seguro Erasmo ya está en casa, esperándome. Buenas noches, estos pies agarran calle. *(Pasa frente a Clelia sin detenerse a verla.)*

RAYMUNDO.- En tres días tendré listo su vestido, Toñita.

ANTONIA.- *(Desde la puerta entreabierta.)* En tres días paso a recogerlo. Adiós. *(Sale y cierra la puerta tras de sí.)*

CLELIA.- *(Explota.)* ¿Por qué me trata así? ¡Que la parta un rayo!

RAYMUNDO.- Clelia, así no habla una maestra.

CLELIA.- ¡No estoy en el aula! Y tú no la defiendas. *(Da vueltas por la pieza.)* Pero ya sé cuál es su ardor: ¡no me perdona que se lo haya sacado de entre las verijas!

*De aquí en adelante el diálogo se corta e insiste cada cual en lo suyo.*

RAYMUNDO.- Pruébate tu blusa.

CLELIA.- ¡Seguro le parezco poca cosa!

RAYMUNDO.- Es cuestión de arreglarle un poco el busto.

CLELIA.- ¡No lo dejó estudiar ni tampoco irse al otro lado!

RAYMUNDO.- ¿Quieres que le abra un poquito más el escote?

CLELIA.- ¡Lo quiere metido entre las verijas!

RAYMUNDO.- Cuando estaba oscureciendo me asomé para el lado de Sabinas...

CLELIA.- Si yo nunca le he negado el saludo...

RAYMUNDO.- ...y había como una llamarada grande grande saliendo de entre los cerros... Erasmo me prometió que un día de éstos iremos. *(Se detiene. Clelia no está oyéndolo.)* Clelia, ¿alguna vez te has subido a un cerro?

CLELIA.- *(Con la mirada fija en la puerta.)* ¡Que la parta un rayo!

*Oscuro rápido. Se deja oír la música de El ausente. Cuando sube la luz, que es de color violeta, se advierte a Luz María encima de su cama. Es esbelta, aunque ya no es joven. Lleva una bata de gasa y está rodeada de cartas; comienza a leer alguna, luego la hace a un lado y sigue con otra. Suspira en cierto momento. La puerta de su cuarto da a un patio interior. Por ella se desliza Erasmo, lleva las botas en la mano.*

ERASMO.- *(Con tono de burla.)* ¡Ah, conque era cierto lo de las cartas!

*Luz María reacciona asustada, luego su actitud cambia a la de enfado.*

LUZ MARÍA.- ¡Me asustaste! ¿Desde cuándo entras aquí como un ladrón?

ERASMO.- *(Burlón.)* ¡Po's desde siempre! Porque, que yo sepa, en las noches nunca me has abierto la puerta de la calle.

LUZ MARÍA.- ¡Una cosa es que te dé la mano y otra que te tomes confiancitas!

*Erasmo deja las botas a un lado de la cama para luego ir al respaldo, donde está recargada ahora Luz María.*

ERASMO.- Mira, Luza, tú ya te agarraste lo mejor de mí, mi primera leche, y ahorita me sales con remilgos.

LUZ MARÍA.- *(Molesta.)* ¡No me gusta que te pongas vulgar!

ERASMO.- Po's nomás no me provoques; cuando has querido, siempre te agarras de lo tuyo. *(Se pasa la mano por el sexo.)*

LUZ MARÍA.- *(Cambia de actitud.)* Siempre serás mi niño, mi niño asustado con la boca llena de gemidos. *(Lo atrae hacia sí y lo besa. Erasmo se deja hacer con indiferencia. Ella se retira.)* ¡Otra vez oliendo a cerveza!

ERASMO.- Bueno, ¿y qué? ¿Quieres que huela a atole de masa o qué?

LUZ MARÍA.- Es que tengo miedo de que vayas a ponerte panzón.

ERASMO.- Con panza o sin panza me tienes que querer, ¿a poco yo me he puesto a contarte las arrugas?

LUZ MARÍA.- ¡Si es por alegar, a ti no hay quién te gane!

*Erasmo va a sentarse sobre la cama. Luz María lo detiene.*

LUZ MARÍA.- ¡Cuidado! ¡No vayas a arrugar los sobres!

*Erasmo se detiene y permanece un momento mirándola, luego camina dando una tranquila vuelta a la cama, señala las cartas mientras habla.*

ERASMO.- Abres las cartas con el vapor del caldo de los frijoles... Y todos los secretos del pueblo los vas guardando en tu cabeza.

LUZ MARÍA.- ¡Tú qué sabes! ¡Tú eres un pinche güerco y no vas a juzgarme!

ERASMO.- Pero para cogerte no soy güerco, ¿verdad?

LUZ MARÍA.- ¡Deslenguado cabrón!

ERASMO.- *(Se lanza como un loco sobre el montón de cartas.)* ¡Dame las cartas de papá! ¿Oíste? ¡Dame las cartas de papá!

*Luz María se incorpora y le lanza un puñado de cartas en la cara. Erasmo se abalanza sobre ella y la pone las manos en el cuello.*

ERASMO.- ¡Dame las cartas de papá!

LUZ MARÍA.- *(Algo asustada.)* ¿Cuáles cartas? ¡Tu padre lleva tres años sin escribir! Las únicas cartas que le llegan a tu mamá son las devueltas.

ERASMO.- ¡Mentirosa! ¡Quiero sus cartas!

*Luz María logra zafarse y queda del otro lado de la cama.*

LUZ MARÍA.- *(Jadeante.)* ¿Comiste gallo? ¿Por qué te pones así? ¡Tú mismo has revisado las cartas que llegaron del otro lado todo este año y ni siquiera una tarjeta de Navidad mandó! *(Erasmo también jadea pero se mantiene con una rodilla encima de la cama, escuchándola.)* Piensa de mí lo que quieras, llámame de puta para arriba, ¡pero no soy embustera! *(De pronto se desploma en la cama, llorando a gritos.)*

ERASMO.- *(Asustado.)* ¡Cállate, no levantes escándalo! ¡Van a oírte! ¿Po's no le tienes tanto miedo a las lenguas de los vecinos?

*Luz María reacciona y va calmándose. Erasmo le pasa las manos por la espalda.*

LUZ MARÍA.- *(Con sollozos muy bajos.)* ¿Por qué? ¿Por qué si eres tan joven tienes tanto veneno en esa lengua?

ERASMO.- *(Con la voz culpable.)* Así me hicieron, Luza. *(Pausa.)*

LUZ MARÍA.- Así de simple lo dices.

ERASMO.- *(Se sienta en el borde de la cama, dando la espalda a Luz María.)* ¡Si yo supiera quién puso esos cuchillos en mi lengua!

*Luz María extiende la mano desde el otro extremo del lecho y su brazo queda colgando en el vacío. Las cartas siguen sobre la cama. Erasmo se agacha a recoger sus botas y se apresta a calzárselas. La luz irá descendiendo poco a poco. Erasmo va hacia la salida.*

LUZ MARÍA.- *(Junto al respaldo de la cama.)* ¿Por qué viniste y te vas así?

ERASMO.- *(Se vuelve.)* Ya me mataste las ganas.

LUZ MARÍA.- *(Irónica.)* ¿No te las habrán matado en otro lado?

ERASMO.- Ya no me piques la cresta. Quédate con tus chingadas cartas. Ellas te hablan más bonito que yo.

LUZ MARÍA.- Un día, cuando se te haya ido lo mejor que tienes, vas a entenderme.

ERASMO.- *(Sin hacer caso.)* No te olvides de cerrar bien las cartas y plancha bien los sobres. *(Sale.)*

*El espacio queda a oscuras. Un viento ululante invade la escena.*

EUFEMIA.- *(Voz en off.)* ¡Que te parta un rayo, Leonor!

*Inicia iluminación muy tenue, bajo la letra de Carta fatal, en las voces de Lena y Lola. Poco a poco se perfila la figura de Antonia. Se halla sentada en un confidente en la sala de su casa, lleva lentes y tiene sobre el regazo una cajita con cartas. En tanto la letra de la canción transcurre, ella permanecerá absorta en la lectura de una carta. La canción se prolongará el tiempo suficiente como para dar la atmósfera.*

*La puerta del fondo, que es la que da a la calle, se abre repentinamente y con ello la habitación va tomando el color de la luz del día. Entra Erasmo, la canción cesa. Antonia hace a un lado los anteojos y con rapidez guarda la carta en la cajita. Erasmo va vestido con un viejo pantalón corto de mezclilla, sin camisa, calzado con sandalias; luce una gorra de pescador y sostiene una caña de pescar.*

ERASMO.- *(Desbordando alegría.)* ¡Madre, ya llegó por quien lloraba!

ANTONIA.- ¡Válgame la virgen, tú ni das tiempo a que una te eche de menos!

ERASMO.- Valore lo que tiene, doña Antonia.

ANTONIA.- Pues si te valoran más allá afuera... He visto a más de cuatro borneando los ojos al pasar delante de la casa.

ERASMO.- Tú tienes la culpa, madre: y todo por pintar la casa de color mostaza. *(Se acerca y le planta un beso, descubre la cajita con las cartas.)* ¿Otra vez las cartas?

ANTONIA.- *(Oprime la caja como si alguien intentara quitársela.)* ¿Y qué quieres? No soy de las que se entretienen con la televisión. Y el radio... ayer se le acabaron las pilas. *(Pausa.)* ¿Cómo les fue de pesca?

*En ese momento entra Raymundo, lleva una cubeta en una mano, en la otra carga un radio portátil. Se cubre la cabeza con un sombrero de pana negro, viste un pantalón corto y una camiseta sin mangas.*

RAYMUNDO.- Buenas tardes, Toñita. Va a cenar caldo de bagre, la pesca estuvo buena.

ANTONIA.- Sabes que no soy afecta al pescado, pero todo lo que pueda comerse, se lo agradece una a Dios.

ERASMO.- *(Toma la cubeta que sostiene Raymundo.)* Primero se te olvidan los bagres que tu chingado radio.

ANTONIA.- Tú eres como yo, Rayo: a mí las novelas de la tele me aburren. Tienes que pasártela replanada. Con el radio no: puede una traer las manos ocupadas pero la cabeza anda lejos, lejos, la muy paseadora.

RAYMUNDO.- Yo no las oigo todas, nomás las de la XET. Me llevé el radio a la presa porque hoy era el penúltimo capítulo de "La sequía". ¡Amparo Garrido está muriéndose!

ERASMO.- Ustedes ya se agarraron con lo suyo. Rayo, órale, ven. Ayúdame a destripar los bagres que no viniste a jacalear.

ANTONIA.- *(Se levanta sin apartarse de la cajita de cartas.)* ¡Momento pueblo! Ustedes se van a quedar aquí. Ya bastante hicieron con traer la cena. Yo voy a preparar los bagres.

*Erasmus y Raymundo hacen ademán de protestar. Antonia los detiene con un gesto de la mano. Sale rumbo a la cocina por la derecha espectador.*

ANTONIA.- *(Se vuelve y se dirige a Erasmo.)* Nomás tráeme la cubeta, hijo. *(A Raymundo.)* Siéntate, Rayo. Vengas o no vengas con Erasmo, ya sabes que ésta es tu casa.

RAYMUNDO.- Se lo agradezco, Toñita.

*Antes de salir tras Antonia, Erasmo hace señas a Raymundo de que tome asiento.*

*Raymundo, que no ha soltado su radio, se acomoda donde antes se hallaba sentada Antonia. Acaricia el aparato y se lo coloca en el hombro para escucharlo de cerca. Lo enciende y la música y letra de Carta fatal se esparcen por la escena. Mientras la música aumenta de volumen, la luz va descendiendo su intensidad. De pronto empieza a oírse interferencia en la radio, la música se transforma en un fuerte ulular de viento. Una luz barrida y de color rojizo se proyecta*

*bajo el confidente donde se halla recargado Raymundo y cuya silueta apenas se percibe. El ruido del viento va disminuyendo y del receptor de radio comienza a desprenderse un diálogo; durante el transcurso de éste, Raymundo no reaccionará.*

VOZ DE EUFEMIA.- ¡Las centellas van a quemar hasta el último mezquite! ¡Dios santo, qué mayo nos mandaste!

VOZ DE LEONOR.- Un mayo más, lleno de días de fiesta, mes floreado y traicionero. Mayo es un rayo.

VOZ DE EUFEMIA.- Tú y tu dichoso mayo.

VOZ DE LEONOR.- A él lo trajo mayo, envuelto en truenos.

VOZ DE EUFEMIA.- Vamos a seguir rezando, olvídate de los rayos. Te pones así de extraviada cuando velamos muchachos.

VOZ DE LEONOR.- Llegó con ese rayo, con el rayo que partió en dos el mezquitón del patio.

VOZ DE EUFEMIA.- ¡Leonor, estamos velando!

VOZ DE LEONOR.- No hay mayo sin rayos, no hay muchacho sin risa.

VOZ DE EUFEMIA.- Leonor ¡te estoy hablando! *(Pausa.)*

VOZ DE LEONOR.- *(Ausente.)* ¿No va a venir nadie?

*Repentinamente un golpe de viento abre la puerta de la calle. El radio cae del hombro de Raymundo. Se lo oye rebotar contra el piso. Luz blanca en el escenario. Raymundo se incorpora desconcertado, recoge el aparato de radio y revisa que no esté averiado. Antonia está frente a él con una botella de refresco en la mano.*

ANTONIA.- ¿Te cansó la pesca, verdad?

RAYMUNDO.- *(Oprimiendo el aparato de radio.)* Anoche no me dejaron dormir los truenos.

ANTONIA.- Ya empezó mayo.

RAYMUNDO.- No me gusta mayo. *(Pausa.)* Yo nací en mayo.

ANTONIA.- *(Le extiende la botella de refresco.)* Ay Rayo... Las noches de mayo nos recuerdan que los hombres de este pueblo se fueron en abril buscando el calor del norte. *(Voltea a ver la puerta abierta. Mueve la cabeza.)* Siempre es lo mismo: este mayo no sabe tocar a la puerta. *(Pausa.)* Pero tú no eres un rayo, ni siquiera una centella... Eres como una lucecita que por equivocación acabó en relámpago.

*La iluminación va descendiendo, por la derecha entra Erasmo, ahora lleva una camisa puesta y sostiene una botella de cerveza en la mano.*

ERASMO.- *(Radiante.)* Madre, no se me tarde, ¡se le va a quemar el agua!

*Antonia va a cerrar la puerta. Raymundo sale en dirección derecha espectador, siguiendo a Erasmo. La escena queda a oscuras. De inmediato se proyecta una luz barrida rojiza frente al umbral de la puerta. En el hueco queda erguida Antonia, asomándose a la noche negra.*

ANTONIA.- *(Grita.)* ¡No te vayas! ¡Deja que pase mayo! *(Pausa.)* Si no vuelves ¡que te parta un rayo! *(Se desploma en el umbral.)* ¿Me estás oyendo?

*El ruido ensordecedor de un trueno apaga su voz. Desaparece la luz rojiza.*

*En escena, a oscuras, resuena un fuerte ruido de viento, el cual desaparecerá gradualmente para dar paso a una música melodramática que anuncia la ambientación de una radionovela. Iluminación ámbar va dejando ver, poco a poco,*

*el cuarto de costura de Raymundo. Éste se halla inclinado sobre la máquina de coser; a su lado el aparato de radio. Un poco a la izquierda, un biombo. Detiene un momento su labor. Entra un diálogo.*

VOZ DE JOVENZUELO.- ¡Una india pata rajada, eso es lo que eres, Juanita Santos!

VOZ DE JOVENCITA.- ¡No me hable así, joven Carlos! ¡Se lo pido por la Virgencita!

*Se dejan oír notas melodramáticas.*

VOZ DE NARRADOR.- Y la pequeña Juanita Santos prorrumpió en un llanto desgarrador que salía de lo más hondo de su corazón. Ella, que había venido desde su humilde pueblecito, con el único sueño de comprarse un vestido blanco, un velo y una corona de azahares para su primera comunión.

VOZ DE JOVENCITA.- *(Sollozante.)* ¡Es usted muy malo, joven Carlos, muy malo!

*Entra de nuevo música melodramática.*

VOZ DE NARRADOR.- *(Tono engolado.)* Presentamos a usted un capítulo más de la conmovedora serie ¡Juanita Santos!, original de la escritora que ha sabido llegar al corazón de las multitudes, ¡Estela Calderón! Y con las actuaciones estelares de Gloria González y Eladio González. ¡Juanita Santos!, una producción de Radioprogramas de México.

*Raymundo se levanta a apagar el radio; luego estira los brazos para desperezarse. Tocan insistentemente a la puerta. Raymundo va a abrir, desconcertado.*

RAYMUNDO.- *(Entreabre la puerta.)* ¡Luza! ¿Qué le pasó? ¡Viene hecha un Santo Cristo! *(Abre paso a Luz María, quien viene empapada, los cabellos chorreantes, con un vestido blanco de fiesta manchado de lodo.)*

LUZ MARÍA.- ¡Tenía que pasarme a mí, y en una noche como ésta! (*Permanece inmóvil, mirando a su alrededor.*)

RAYMUNDO.- ¡Espéreme un momentito, Luza! Voy por una toalla y un vestido seco. Siéntase en su casa, por favor. (*Se dispone a salir por el lado derecho espectador.*)

LUZ MARÍA.- ¡Rayo!

RAYMUNDO.- (*Se vuelve.*) ¿Necesita otra cosa?

LUZ MARÍA.- Por favor no le digas a tu mamá que estoy aquí.

RAYMUNDO.- No pensaba decirle, pero de todos modos estuvo bien que me lo avisara. (*Sale.*)

*Luz María da unos pasos por la escena, se detiene para enrollarse la cabellera y exprimirla. La luz descende lentamente, Luz María va hasta el biombo y cuando desaparece tras él, el escenario queda en total oscuridad. Entra ruido de cascos de caballo y breves relinchos. Luz azul barrida a biombo recorta dos siluetas abrazadas sobre el fondo de la tela. El hombre lleva sombrero. Ambos permanecerán en la misma posición lo que dure su diálogo.*

LEONOR.- (*Voz juvenil.*) Ya le avisé que no me buscara más. No labre su desgracia por el camino de mi casa, la casa de las Tercas.

DESCONOCIDO.- Mi cabeza me quiere llevar lejos de usted, pero mi corazón y mi caballo me traen aquí de vuelta.

LEONOR.- Caballo terco, corazón loco.

DESCONOCIDO.- Lejos de aquí está el lugar que sin usted nunca podrá ser casa. Véngase conmigo.

LEONOR.- Déjeme aquí, condenada a los rezos y al olor a cera de la mujer sola.

DESCONOCIDO.- Si no estamos juntos, ya no habrá camino para mí. Me quedaré en este mayo debajo de una anacua para que de una vez un rayo me parta en dos y siembre mi sangre junto a la barda de piedras.

LEONOR.- ¡Que a mí también me parta un rayo si acaba usted debajo de esta anacua!

DESCONOCIDO.- Que la luz de los relámpagos de mayo me deje ciego si mi caballo y yo no la robamos de ese agujero de adobes que usted llama su casa.

VOZ DE EUFEMIA.- (*Gritando.*) ¡Leonor! ¿Qué tanto haces debajo de esa anacua en esta noche tan oscura? ¿Que no sabes que de noche...?

*La iluminación azul desaparece. La luz de un relámpago ilumina la habitación por unos segundos. El ruido de cascos de caballo se esparce por la escena a oscuras. Luego de unos instantes entre luz ámbar, aparece Raymundo, cargando un envoltorio con ropa en una de sus manos y en la otra, una taza. Luz María se halla tras el biombo. Raymundo deja la taza encima de la máquina de coser para después encaminarse al biombo. Coloca sobre el borde superior una toalla, un vestido rojo y un par de zapatos.*

RAYMUNDO.- Espero que le quede bien el vestido y le vengán bien los zapatos.

LUZ MARÍA.- Gracias, Rayo: eres un sol. Mañana mismo te devuelvo todo.

RAYMUNDO.- No se apure, Luza. (*Pausa.*) Le traje un té de zacate de limón. Le va a sentar bien después de la remojada.

LUZ MARÍA.- (*Mientras se desviste tras el biombo.*) Tú siempre estás en todo y en ser atento nadie te gana. (*Pausa.*) Así de caballero era tu padre.

*Raymundo vuelve a la máquina de coser. Enciende la radio, entra la música de Paso del norte. La voz de Antonio Aguilar invadirá la escena. Raymundo se sienta y se dispone a coser inclinado en la máquina. Cuando Luz María termina la acción de vestirse, sale de detrás del biombo, se ha envuelto la cabellera con la toalla. Al verla, Raymundo cesa de coser, apaga el radio y se levanta para ofrecerle una silla. Luz María le agradece con un gesto, se sienta. Toma la taza que ahora le extiende Raymundo.*

LUZ MARÍA.- *(Da un sorbo al té.)* Nomás me lo termino y te dejo para que sigas con tu trabajo.

RAYMUNDO.- No se preocupe, Luza. No es urgente. Yo mismo la voy a encaminar. No quiero que se vaya sola con esta noche tan oscura.

LUZ MARÍA.- Lo peor de la noche ya lo pasé, Rayo. Ahorita mismo te cuento.

RAYMUNDO.- No tiene por qué contarme nada. Lo mejor de todo es que está aquí, sana y salva.

*Luz María invita a Raymundo a sentarse a su lado. Da un nuevo sorbo al té. Raymundo toma la silla de la máquina de coser y la coloca cerca de Luz María, después se sienta. Durante el relato, seguirá con atención las palabras de Luz María y reaccionará gestualmente a algunas de ellas.*

LUZ MARÍA.- Está muy bueno el té.

RAYMUNDO.- A mi mamá le gusta mucho. Casi todas las noches se lo preparo. En el fondo del solar el zacate crece que da gusto.

LUZ MARÍA.- Pues bien, como te iba a contar, venía de Cerralvo. Fui a la boda del hijo mayor de una amiga de mis años en la academia de comercio. A mí las bodas de día nunca me han gustado, pero esta vez no sé por qué, ¡bailé como desatada!

*(Suspira.)* ¡Como que la vida le arrebató a una hasta el gusto más modesto! *(Pausa. Apura su taza.)* Mi amiga no me quería dejar venir. Ya para las nueve de la noche estaba yo entrando al pueblo, con el aguacero encima. El pavimento estaba tan resbaloso que me salí del camino ¡y la camioneta se me quedó atascada precisamente debajo de la anacua que está junto a la barda de piedra en la casa de las Tercas! ¡Te juro que no sé cómo salí de la camioneta, porque si me hubiera quedado ahí...!

RAYMUNDO.- *(Ríe.)* ¡Por favor, Luza! ¿A poco es usted de las que cree en esos chismarajos?

LUZ MARÍA.- ¡Tú no sabes lo que es estar de noche debajo de la fronda de una anacua! ¡Ni al diablo mismo se le verían los ojos con esa oscuridad!

*Tras las palabras de Luz María llega el sonido ensordecedor de un trueno. La luz que ilumina la habitación vacila unos segundos como si fuera a apagarse. La taza se le desprende a Luz María de las manos. Raymundo salta de la silla.*

LUZ MARÍA.- ¡Jesús sacramentado! ¡Ojalá que ese rayo no haya alcanzado a algún cristiano!

RAYMUNDO.- *(Colocándose las manos junto al corazón.)* ¡Válgame, qué susto!

*Luz María se inclina a recoger los restos de la taza. Fuera de escena se oye la voz de una mujer que entona una plegaria.*

VOZ DE MUJER.- “Virgen de Agualeguas/ Santísima Madre/ por tu intercesión/ que mi alma se salve.”

RAYMUNDO.- ¡El ruido del rayo despertó a mamá! Le tiene horror a los truenos, y para espantar la tormenta se pone a cantar plegarias. *(Se dirige a la salida de derecha espectador. Habla en voz alta.)* ¡Ya voy, mamá, ya voy! *(A Luz María.)* Espéreme un momentito, voy a calmarla y ya vuelvo. *(Luz María, que sostiene los restos de la taza, asiente.)* No se preocupe por la taza. *(Sale de escena.)*